

Pedro Trigo

Desde Venezuela

Diálogo ecuménico e interreligioso

LA SIMULTANEIDAD COMO NOVEDAD HISTORICA. DILEMA QUE PLANTEA

Vivimos en la historia universal. No es fácil percatarse de esta realidad. Menos aún, asumirla personalizadamente. No nacimos en la historia universal. Cuando nacimos aún era el tiempo de las historias particulares. La nuestra, en la que nacimos, era una cultura que se llamaba a sí misma occidental y cristiana y que empezaba a sentirse postcristiana. Pero en América Latina eso era sólo cosa de algunas élites modernizantes. El pueblo y las élites tradicionales seguían siendo culturalmente católicos. Todavía se oye decir que América Latina es un continente católico. Y de ahí se deducen consignas ideológicas y políticas. Pero ahora estamos en la historia universal.

La primera figura de esta historia, el Occidente mundializado, es una figura de transición; es en rigor una historia particular, la de Occidente, que ha logrado penetrar a las demás culturas y religarlas a sí. Ha logrado la simultaneidad con todas ellas, de modo que las ha obligado, si quieren seguir existiendo, a tomar en cuenta esta variable y actuar desde sí mismas sobre ella.

Antes la distancia espacial conllevaba una distancia temporal: cuanto más lejos estaba otro país se necesitaba más tiempo para entablar contacto con él. Ahora la computación permite la simultaneidad total. No sólo es posible estar inmediatamente presentes unos a otros sino que esa posibilidad convierte cada vez más a cada cultura (que antes era algo en sí con algunas relaciones con otras) en algo esencialmente respectivo, es decir, situada frente a las demás e interactuando con ellas.

Sin embargo cabe otra posibilidad (que de hecho es la más actuada): no ya la interacción simbiótica sino la invasión de una cultura que desarticula a las demás,

que asume algunas de sus virtualidades y las fagocita, se las va tragando hasta quedar ella sola como el único espacio cultural que se intercambia ya sólo consigo mismo, tautológicamente, en soledad, atento sólo a sus posibilidades inmanentes, al desarrollo de lo mismo. Esta es la dirección dominante en la cultura occidental.

LA SIMULTANEIDAD COMO SIGNO DE LOS TIEMPOS

Existe una versión religiosa de esta dirección: la reducción de las posibilidades religiosas de la humanidad a las expresiones cristianas occidentales (y recesivamente las judías). El cristianismo debe aprovechar esta ocasión histórica y subirse al carro del Occidente mundializado, actuando como una de sus expresiones y a través de sus mismos canales. Sería la hora de la universalización del cristianismo a través de los mass media que utiliza el Occidente para colocar su horizonte de vida y publicitar sus productos y la matriz vital en la que ellos son deseables y tienen sentido. Esta impregnación ambiental de imágenes y símbolos culturalmente cristianos (a través de costosas campañas, con la tecnología más sofisticada y a través de una presencia institucional fuerte) está ya en marcha y se apoya en una Iglesia de macroinstituciones y movimientos, una Iglesia centralizada y de aparatos, en definitiva una Iglesia dividida entre una élite que produce y promueve símbolos y servicios religiosos, y una masa que los consume de un modo individualista y masivo.

Los que se apuntan a este proyecto viven el cristianismo con la misma agresividad con que lo viven las empresas transnacionales. Se trata de conquistar mercados y de satisfacer establemente la demanda a través de las mismas ofertas, constantemente reeditadas de un modo siempre novedoso.

En esta manera de entender el cristianismo se trata de estimular el campo religioso y de satisfacerlo con la propia propuesta. Las demás religiones serían la competencia. Y una parte de la campaña, además de la promoción propia, sería la descalificación de los demás.

Un ámbito (como el nuestro) en el que el catolicismo tiene vigencia sería así un punto de llegada que hay que salvaguardar para que no se pierda. Pero es obvio que en esta concepción no tiene ningún sentido vivir nuestro cristianismo en presencia de otras maneras religiosas y ateas de vivir y en interacción simbiótica con ellas. Más allá del interés proselitista (que no tiene lugar en nuestro ámbito ya que los que las siguen son un residuo sin importancia) ¿qué interés pueden ofrecer esas maneras inferiores, que la llegada del cristianismo privó de todo valor?

Y sin embargo si vivimos la simultaneidad como signo de los tiempos (es decir como llamada a vivir un diálogo cuyo objetivo no es la anulación de la diferencia sino mantenerla como interna, como mutuamente referida como riqueza para cada dialogante) tendremos que concluir que también debemos aplicarla al área religiosa. Este sería el modo de entender el cristianismo como sacramento universal de salvación. No necesariamente serán todos cristianos. Pero el cristianismo de los llamados a él será para todos: para ayudarles a que, desde donde están, puedan llegar a lo mejor de sí mismos y a una relación genuina con el Dios verdadero.

LA SIMULTANEIDAD COMO LLAMADA A VIVIR CATOLICAMENTE NUESTRO CATOLICISMO

La dominancia del catolicismo (es decir su vigencia sociopolítica e ideológica a nivel de los aparatos institucionales y de la opinión pública) puede hacernos perder el sentido de realidad, es decir puede llevarnos a desoir lo que el Espíritu dice a las Iglesias, y, en vez de ponernos a la altura de la época, encerrarnos sectariamente en nuestra particularidad, pensando que este problema del diálogo religioso y del ecumenismo no nos concierne y a lo sumo es algo completamente lateral.

Dios nos pide que vivamos nuestra manera de ser cristianos como una particularidad dentro del catolicismo, dentro del cristianismo, dentro de las religiones, dentro de

la humanidad. Estamos convencidos de que, en aspectos medularmente evangélicos, este camino nuestro es lo que Dios quiere de nosotros y encierra elementos de universalidad. Pero es un camino particular; aunque en los aspectos susodichos pueda ser un sacramento de salvación universal. Así pues, no podemos entender nuestro cristianismo como lo que Dios querría para todos los demás ámbitos culturales, aunque desgraciadamente no hayan llegado hasta donde estamos nosotros. Nuestro catolicismo no es potencialmente universalizable, aunque encierre elementos de validez universal. Así pues, sólo vivimos nuestro cristianismo como Dios quiere cuando lo vemos coexistiendo e interactuando con otros cristianismos, otras religiones y otros modos de vivir humanamente. No es así como normalmente hemos vivido nuestro cristianismo. Vivirlo de este modo entraña una verdadera conversión. Por eso es pertinente preguntarnos ¿vivimos católicamente nuestro catolicismo?

EL PLURALISMO EN COMUNION, CONDICION DE POSIBILIDAD PARA VIVIR CATOLICAMENTE NUESTRO CATOLICISMO

No es posible vivir este catolicismo relativizado, contextualizado, si en la propia Iglesia no aceptamos un pluralismo interno. Esto significa que no absolutizamos nuestro camino, aunque nos parezca que es el que Dios nos pide. Y que lo dialogamos positivamente con el de los demás.

Esta relativización y comunión se reflejan en primer lugar al propio ámbito de la Iglesia católica. La mayor parte de nosotros fuimos socializados en ella bajo la égida de la uniformidad. No estaba presente el principio católico que pone la diversidad y la mantiene en diálogo interno sin suprimirla. El «*idem sapiamus idem dicamus*» fue vivido como un ideal y como una dirección impuesta. Su inviabilidad desembocó en la dispersión, en el «respeto» pasivo, sin diálogo, interés mutuo ni comunión. Sin embargo poco a poco se ha ido caminando en lo que Medellín vislumbró como pastoral de conjunto a base de encuentros capilares desde la base y propuestas abiertas que van nucleando gente según sopla el Espíritu. Hoy instancias de poder pretenden regresar a la coordinación monolítica e impuesta. Así tiende a entenderse la pastoral de conjunto. ¿Hemos asimilado nosotros el principio católico? ¿Vivimos católicamente nues-

tro catolicismo? ¿Cómo asumir la simultaneidad mundial si localmente vivimos cada quien en nuestro conuco, indiferentes o recelosos a otros modos de ser cristiano?

Hay dos dificultades para tenernos realmente en cuenta en nuestra propia Iglesia. Una viene de cierto talante sectario que absolutiza lo propio y desprecia a los demás. Es la misma lógica de la institución eclesíástica respecto de todo lo que no es ella, aplicada en su propio interior: cada grupo se siente la representación del todo y considera a los demás como menos lúcidos, ortodoxos, importantes o celosos. Por eso decíamos que sin pluralismo interno no cabe catolicidad a nivel global.

Pero el diálogo requiere libertad espiritual. Es imposible dialogar si no se siente ese clima espiritual de libertad fraterna. Si a cada rato uno puede interrumpir el diálogo diciendo: «se calla la boca, aquí mando yo» o «usted no hable porque no sabe lo que dice, yo soy el que sé», nadie se atreverá a hablar para no verse descalificado. Una Iglesia dogmática y disciplinar no da lugar para el diálogo. Uno de los aportes más característicos del Vaticano II es precisamente ese tono dialogal en el reconocimiento mutuo y la libertad espiritual. Pero tenemos que reconocer que este logro está en muchos lugares seriamente cuestionado y aun positivamente rechazado.

Pesa mucho la tendencia de los jerarcas (curia vaticana, obispos y párrocos) a imponerse en cuestiones que no son las necesarias y así, al absolutizar particularidades, apagan el Espíritu en vez de animar los carismas, como es su cometido. También es un obstáculo la tendencia de grupos organizados (por ejemplo la vida religiosa) a crear circuitos completos y autosubsistentes, que viven con prescindencia de los demás, en vez de limitarse a vivir y contagiar de un modo abierto su carisma. No es fácil vivir católicamente nuestro catolicismo, aunque gracias a Dios aún contamos con pastores que lo viven y propician, y con grupos organizados que promueven decididamente lo suyo, pero desaguándolo de un modo abierto en la Iglesia local.

LA ACEPTACION DE LA RELIGION DEL PUEBLO, TEST DE NUESTRA CATOLICIDAD Y PUERTA PARA LA MISION

El caso más claro que muestra la escasez católica del catolicismo latinoamericano es la existencia no reconocida de la

así llamada «religiosidad popular». Ella existe porque la institución eclesíástica no ha tenido ni capacidad para persuadir al pueblo a que viva su propuesta ni poder para impedir que se imponga y mantenga esa versión cristiana popular. El catolicismo popular es la religión del pueblo y no una variante devocional de la religión de la institución eclesíástica. Es una síntesis entre la religión hispánica y las religiones de los vencidos, síntesis operada por ellos mismos con ayuda de mediadores (misioneros y sobre todo cristianos peninsulares del pueblo). Es el modo indígena, afroamericano, mestizo, campesino, suburbano de asumir, interpretar y vivir el cristianismo ibérico.

Hay que dar por asentado que tanto la religión de la institución eclesíástica como la del pueblo son religiones católicas, aunque ambas contienen serias deficiencias. Pero la institución eclesíástica no reconoce la(s) religión(es) popular(es). La prueba es que no admite a sus ministros. No hay sino como excepción indígenas o negros curas, como también escasean los campesinos o la gente de barriada curas. Hay bastantes que nacieron en esas culturas, pero en el proceso de la formación sacerdotal dejaron sus comunidades y sus culturas y se convirtieron en de origen popular. Es obvio que no estamos pidiendo que los curas sean meros representantes de sus culturas. Lo que pedimos es que (como sucede en el Occidente) sean escogidos de ellas y sean curas como diferencia en el interior de ellas sin tener que trasculturizarse, como ocurre hoy.

Si ni siquiera damos lugar a la religión del pueblo ¿cómo podemos proclamar que nuestro «catolicismo» es católico? ¿Percibimos siquiera el problema? ¿También en este punto negamos en la práctica el proclamarlo mestizaje?

Si logramos procesar desde dentro el catolicismo popular estaremos en capacidad de dialogar con las religiones de Asia y África. El catolicismo latinoamericano está llamado en este umbral de la historia universal a ser cabeza de puente de la catolicidad de la Iglesia Católica. Pero sólo estará en condiciones de desempeñar esta misión trascendental si da lugar al catolicismo popular, si se vuelve a él y dialoga con él en la propia casa del pueblo. Pero hay que recalcar que el diálogo sólo será legítimo y por tanto fecundo si se hace a partir de la Palabra (sobre todo de los evangelios) y no a partir de una tradición particular indebidamente convertida en paradigma (que es la misma pretensión que tuvieron los fariseos cristianos que

obligaban a los paganos a aceptar el judaísmo). Sólo desde el paradigma del Evangelio y la relativización del catolicismo de la institución eclesiástica se pueden proponer sus tradiciones en diálogo abierto, como intercambio simbiótico. Sólo entonces podrá recibir el pueblo esas riquezas y a su vez enriquecerá con las suyas al catolicismo eclesiástico.

VIVE LA CATOLICIDAD QUIEN ES CAPAZ DE VER LA ACTUACION DE DIOS EN LAS «SECTAS»

Sólo si nos dedicamos a la tarea difícil, emocionante y dilatadísima de dar lugar al catolicismo popular estaremos en condiciones de afrontar católicamente el reto de las llamadas sectas, que también y no por casualidad se desarrollan mayoritariamente en el seno del pueblo.

No puede desconocerse que los pentecostales o los evangélicos, tras un primer impulso misional, son Iglesias en gran parte autogestionadas. La propagación en catarata y el arraigo de estas Iglesias no se explican sino a partir del papel protagónico que en ellas desempeñan los fieles, que casi en su totalidad (como decía Pablo a los Corintios) son gente popular. Ellos son ante todo testigos, luego discípulos y hermanos y en seguida, enviados. No son nunca meramente los que escuchan, los que reciben servicios religiosos o los colaboradores meramente materiales y subalternos de los sacerdotes. En estas Iglesias se da lugar a gente del pueblo; ellos tienen acceso a todos los ministerios. Cosa que manifiestamente es voluntad de Dios, voluntad resistida hasta hoy en América Latina por la Iglesia Católica.

Si no pocas de esas comunidades son fundamentalistas, no podemos aceptar también nosotros ese horizonte y seguir practicando con ellas un fundamentalismo «católico». Sólo somos católicos si no les retiramos de nuestra parte la comunión, si estamos dispuestos a aprender de ellos, si vemos en ellos una interpelación del Espíritu y si esperamos con toda la paciencia que sea necesaria que se abra la hora del diálogo religioso (no un diálogo externo interconfesional). ¿Creemos sinceramente que, como lo confiesan ellos, en muchas de esas perso-

nas ha acontecido Jesucristo como encuentro salvador que ha transformado sus vidas? ¿Creemos que, a pesar de sus deficiencias estructurales (nosotros también tenemos las nuestras), muchas de ellas son verdaderas comunidades cristianas, capaces de sostener y promover la fe? Sólo si podemos responder positivamente a estas preguntas estamos en condiciones de practicar con ellos un ecumenismo verdaderamente católico que nos enriquezca mutuamente.

EL UNICO MODO DE PRESERVAR LA IDENTIDAD DEL PUEBLO ES PROPICIAR SU CONSTRUCCION EN INTERCAMBIOS REALMENTE DEMOCRATICOS

Contra esta manera de vivir el catolicismo conspira el hecho de que el catolicismo

principios absolutos a los que haya que sacrificar el diálogo religioso. Sólo el dinamismo espiritual que es capaz de crear incesantemente vida, participación y sentido puede establecer unidades culturales abiertas y verdaderamente católicas. ¿Nos afincamos en unidades mostrencas de ámbitos cerrados en los que la institución detente el monopolio ideológico y simbólico? ¿O aceptamos el desafío de la apertura y apostamos por la creatividad y la fecundidad histórica?

La identidad cultural no viene dada ante todo por contenidos sino por el acto de reconocer concretamente a los ciudadanos, en este caso al pueblo. La identidad histórica colectiva sólo es posible en el reconocimiento de la dimensión estrictamente singular de la existencia de cada uno de los integrantes de ese colectivo. Ese reconoci-

miento acontece en la cotidianidad. Se da en el espacio de los encuentros a través de la recepción de las hablas diferenciadas que son reconocidas como tales y respondidas desde cada singularidad. Sobre ese reconocimiento se asientan las tramas verdaderamente populares (no las populistas). Esa reciprocidad de hablas reconocidas que componen el tejido popular se orientan a la prosecución de la vida, a su defensa y a su celebración, y para eso cristalizan en grupos y organizaciones.

Si esto es verdad hay que decir que es un camino espúreo tratar de conservar y revitalizar la identidad a través de medios que disminuyen la subjetividad de las personas, que tienden a que se introyecten pautas y no a que las personas creativamente den de sí mancomunadamente.

Notamos fallas serias en el modo como Iglesias pentecostales y evangélicas edifican estas identidades, pero hay que reconocer que sí apuntan al reconocimiento de cada sujeto en el ejercicio de su expresión, de su confesión, de su testimonio, y a la construcción de lazos muy dinámicos en base a este reconocimiento. Un fallo estructural de estas comunidades puede estar en la relación demasiado antitética con el pasado y el entorno cultural. Pero su fuerte estriba en la capacidad de construir identidades mediante mecanismos idóneos y hay que reconocer que los mecanismos susodichos están ausentes no sólo en gran parte de lo que hoy se



se impusiera en América Latina por la fuerza y exigiera el monopolio y también el hecho de que esa historia cristalice hoy en la dominancia. Por eso no es válido el argumento de que hay que combatir a las llamadas sectas para preservar la unidad cultural y espiritual de nuestro pueblo. Con este argumento se debía negar la evangelización a la Iglesia católica en casi todos los lugares, y a veces así se hizo y se hace hoy. En América Latina esa unidad fue impuesta. Hoy cada quien tiene el derecho a elegir, guiado por su conciencia. Así lo consagró el Concilio Vaticano II. Las unidades culturales ni son realidades transhistóricas ni son

hace en la Iglesia Católica sino también de lo que se proyecta.

SER CATOLICO ES SER CAPAZ DE SENTIR SIMPATIA HACIA LAS FORMAS DE RELIGION NEGRA QUE SURGEN Y DIALOGAR CON ELLAS DESDE EL RESPETO

Como en otros ámbitos de América Latina rebrotan religiones amerindias, en Venezuela está en auge el sincretismo del catolicismo con religiones africanas reinterpretadas o versiones americanas (frecuentemente urbanas) de esas religiones ancestrales.

Es cierto que en nuestro medio esa religión fue importada de Cuba. Pero no se trató de campañas institucionales proselitistas sino de contagio de personas practicas populares. Los «santeros» hablaban de religión no sólo en el mismo lenguaje y desde el mismo universo simbólico, sino que eran negros o mulatos prestigiosos, con conciencia de sí y que habían tomado su vida entre sus manos, verdaderos paradigmas culturales quienes proponían modos de relacionarse con lo sagrado que los demás participantes de su cultura podían captar como expresiones genuinas. Esta propuesta religiosa era un modo de asumirse como ser cultural dotado de consistencia, de iniciativa, de fuerza y de dignidad. Es un modo de llegar a sí mismos, de reintegrarse a sí, integrándose a sus antepasados, a un universo simbólico y a los suyos que componen la comunidad de los fieles. Son negros que se intercambian con divinidades negras mediante ritos negros. Y además, todo esto, que se recibe de los antepasados como algo sagrado, tiene sin embargo fluidez de modo que quepan los que viven en el presente como seres con vigor e iniciativa, que remodelan todo al tratar de custodiarlo.

No trato de sacralizar esta forma religiosa. Como las demás religiones, admite versiones de gran dignidad así como es susceptible de degradaciones; pero como todas las religiones de la tierra no facilita el desarrollo de la libertad, de la persona y de su trascendencia en la comunidad humana como tal. Sin embargo no podemos negar que posee una auténtica sacralidad y puede abrir caminos, que luego podrán plenificarse.

Por eso tenemos que preguntarnos ¿Miramos el hecho como un nuevo factor de perturbación y competencia? ¿O nos abrimos a lo que posee de auténtica sacralidad? ¿Sabemos recoger también el anhelo que expresa de un cristianismo negro, que la

institución eclesiástica (jerarquía y vida religiosa) se ha negado a reconocer hasta hoy?

SER CATOLICO ES ESTAR SIEMPRE INICIANDOSE EN EL MISTERIO Y SER CAPAZ DE INTRODUCIR EN EL Y ACOMPAÑAR EN ESE PROCESO

Vivimos en un momento de aspiraciones religiosas, a veces confusas pero hondas, que buscan experiencias densas más que concepciones o normas.

No cabe duda de que en esta inquietud hay a veces fuertes dosis de huida de la realidad o de búsquedas compensatorias ante la dificultad extrema de encarar una realidad demasiado hostil o a causa de la negativa a una conversión auténtica. Sin embargo no cabe negar que en muchas ocasiones estos anhelos brotan de lo mejor de las personas que, porque quieren serlo a plenitud, suspiran sinceramente por acceder a dimensiones más profundas de sí mismas y de la realidad, desean llegar hasta las fuentes selladas de la dignidad y de la vida, y están dispuestas a correr riesgos y a pagar el precio que sea necesario con tal de encontrar ese tesoro escondido. Y hay que reconocer que a veces estas personas sólo se encuentran en la Iglesia con funcionarios de una institución o con gente moral pero atendida meramente a una normativa, sin anhelos ni búsquedas profundas.

Es cierto que a veces estas personas no consiguen en la Iglesia interlocutores válidos porque a veces los representantes de la institución eclesiástica (o más en general los agentes pastorales) carecen de la dimensión honda del misterio, no viven el cristianismo como iniciación e incluso desestimulan estas aventuras espirituales porque desestabilizan. Incluso a veces hemos olvidado aquel adagio de los Padres de que «los sacramentos son para los seres humanos» y no ponemos todo lo que hay en la institución eclesiástica al servicio de estas búsquedas, que acaban (que deben acabar) en Dios y no en nosotros. Hasta pretendemos que el misterio cristiano es simplemente lo que se practica de hecho en la institución, olvidando que se puede vivir en ella de un modo vacío. La advertencia de Jesús a los fariseos de que «la religión (el sábado) es para el ser humano» vale igualmente para la Iglesia católica.

Por eso nos preguntamos: ¿Creemos que tenemos que aprender de esos anhelos, búsquedas y hallazgos? ¿O los vemos meramente como potenciales clientes de lo que ofrecemos en el mercado? ¿Entramos en diálogo sincero y abierto con estas personas o sólo somos capaces de hacer proselitismo? ¿Pensamos que la satisfacción de esas búsquedas exige que nos pongamos nosotros también en camino para ahondar más profundamente en el misterio cristiano o nos parece que sólo es cuestión de metodología y más agentes pastorales?

PRESENCIA ECUMENICA

Una revista cristiana hecha en Venezuela
con proyección latinoamericana

¡PIDA UNA COPIA DE CORTESIA!

Acción Ecuménica

La Pastora, Calle Norte 10

San Vicente a Medina N° 139

Tel.: (02) 81.15.48 - FAX: 861.11.96

Apartado Postal 6314

Caracas 1010-A (Carmelitas)

VENEZUELA

Precio: Número suelto: Bs. 150,00

Suscripción anual Bs. 600,00

Américas US\$ 16,00